

balcones y ventanas, por alguna seña á la que le habia escrito.

Comenzó, pues, á examinar á todas, recordando que la esquila decia que en una casa del lado de su corazon: iba ya terminando la calle, y nada podia descubrir que le diera la mas pequeña luz.

Por fin sus ojos se detuvieron en unos balcones riquísimamente adornados y en donde no habia mas que una sola mujer; pero aquella mujer era muy bella, vestia de negro, y en su trage y en su tocado, y en sus manos y en su garganta y en sus brazos, brillaban como soles soberbios diamantes.

Aquella mujer tenia algo de fantástico, parecia la vírgen de la noche de alguna leyenda india; y aquella mujer que la gente toda se paraba á contemplar admirada, era Doña Marina.

Era Doña Marina, que miraba con indiferencia pasar á toda la comitiva.

—¡Si esta fuera!—exclamó en su interior Don Enrique, fascinado de aquella hermosura.

Doña Marina, al ver al jóven, hizo un movimiento que no se ocultó á la penetracion de éste, y dejó escapar una flor que tenia entre sus dedos.

—¡Es ella!—pensó el jóven, y lanzó su caballo hácia el pié de los balcones, para recoger la flor, que le entregó uno del pueblo que la habia alzado.

Don Diego le miró sonriéndose, y luego alzó el rostro para ver á la dama, y una mirada de inteligencia cruzó entre los dos.

Don Enrique colocó la flor en su pecho, y volvió á ocupar su lugar al lado del Indiano.

VI.

Los planes de Don Justo.

MIENTRAS esto pasaba, Don Justo no podia sosegar, meditando un plan para hacer que desapareciera Don Enrique, á fin de que quedase como heredero del título y de las riquezas de los condes de Torre-Leal el hijo de su hermana.

Don Justo miraba mucho en el porvenir; el conde era viejo y podia tardar mucho en morir: faltando Don Enrique, su sobrino seria el heredero, y entonces indudablemente Don Justo seria llamado á la administracion de todos aquellos bienes, por su misma hermana Guadalupe, y esto era para él como fijar un clavo de oro en la rueda de la fortuna.

Esto era muy sencillo; la única dificultad que se le presentaba, era encontrar un medio á propósito para deshacerse del heredero legítimo.

El carácter de Don Enrique podia presentar una ocasion

oportuna, porque era amigo de galanteos y de aventuras, y en esta clase de vida un hombre está muy propenso á morir de una estocada ó á caer bajo el puñal de un asesino; pero en compensacion el jóven era tan diestro en el manejo de las armas, que pocos camorristas se atrevian á emprenderla con él; y su carácter franco, generoso y jovial, hacia, por otra parte, que fuese en lo general muy querido.

Don Justo se desvelaba pensando en esto, y averiguando por todas partes quién era enemigo de Don Enrique.

Cuando un hombre se fija en un pensamiento, cuando pretende á toda costa conseguir algo, cuando tiene la suficiente fuerza de voluntad para perseverar dia con dia y sin interrupcion en el plan que se ha propuesto, es difícil que no logre su objeto.

Una mañana Don Justo se despertó contento; habia, á su juicio, encontrado, si no todo, parte de lo que apetecia.

La hermana de Don Enrique era monja profesa del convento de Jesus María, y con la abadesa de aquel convento Don Justo habia tenido *en el siglo* grande amistad, y la conservaba todavía.

Allí creyó aquel hombre prudente comenzar.

Vistióse precipitadamente, se desayunó de prisa como el que no quiere perder un instante, y salió á la calle, dirigiéndose con rapidez al convento de Jesus María.

Preguntó por la abadesa y solicitó el hablarla; pero la abadesa sin duda estaba ocupada ó tenia pocas ganas de hablar con Don Justo, y no hubo mas remedio que aguardar hasta el dia siguiente, que por ser el 13 de Agosto, dia de la gran fiesta del Pendon, supuso con motivo Don Justo, que habria muy poca gente que fuera á ver á las monjas.

No se perdió aquella tarde, porque Don Justo averiguó en ella que por motivo de los amores de Don Enrique con

Doña Ana, Don Diego, el Indiano, era un enemigo mortal y poderoso del heredero del conde de Torre-Leal.

—Oh!—pensaba Don Justo—decididamente me protege la fortuna: con este auxilio y con el plan que pienso poner en el convento, el triunfo es mio ó soy el hombre mas torpe de la tierra. Mañana á las once hablaré con la abadesa, y en la tarde buscaré al Indiano, que agradecerá mi buena voluntad para ayudarle contra su enemigo.....

Y Don Justo se retiró á su casa temprano, despues de haber hecho la visita de costumbre á su hermana Guadalupe, callándole por supuesto todos sus planes.

A la mañana siguiente salió de su casa hasta cerca de las once, y ya para ir al convento y en la calle, comenzó á saber por sus conocidos la noticia del terrible escándalo que habian dado en la calle de San Hipólito las dos cuadrillas de ginetes capitaneadas por Don Enrique y el Indiano.

Como sucede siempre en estos casos, las noticias al pasar de una boca á la otra aumentan, y el que la refiere, por darle mas interes abulta ó agrega, y siempre creciendo y siempre desfigurándose, aquella noticia vuela con una rapidez maravillosa, y se difunde por todas partes.

Cuando Don Justo la recibió, se contaban ya por docenas los muertos y los heridos, y se referian pormenores de estocadas, mandobles dados por los capitanes, y se agregaba que era cosa premeditada, porque los ginetes iban armados de *punta en blanco*, y se daba la causal de aquel encuentro en los amores de Doña Ana con los dos capitanes.

En el fondo el vulgo habia dado con el verdadero motivo; pero era mas porque lo inventaba que porque lo comprendia.

A cada persona que le daba un nuevo dato de aquel lance,

Don Justo se frotaba las manos y se iba diciendo en su interior:

—Soberbio! magnífico! admirable! esto marcha mejor de lo que yo esperaba; todo se redondea de la manera mas milagrosa; y luego los dos negocios á la vez se preparan perfectamente, lo del convento y lo del Indiano..... ya no temo perder en balde mi tiempo.—Y pensando en esto, llegó hasta Jesus María.

La fortuna parecia sonreirle, porque antes de media hora estaba ya hablando con la madre abadesa.

—Quisiera yo—decia Don Justo—poner en conocimiento de su reverencia cosas que pasan en el mundo y que no son muy convenientes para el convento.

—¡Válgame mi Dios y Señor!—contestó la abadesa espantada—¿pues qué hay, hermanito? ¿si habrá algo contra esta pobre comunidad?

—Aun no, madrecita; pero fácil me parece que suceda.

—¡Madre y señora mia del Amparo! ¿Acaso nosotras, humildes siervas de Jesus, María y José, habremos dado un motivo? ¿ó estamos siendo, Dios no lo permita, causa de algun escándalo en el mundo?

—Perdóneme su reverencia que por cariño á su respetable comunidad y por honor de mi madrecita su digna abadesa, me atreva yo á darle este mal rato, que Dios nuestro Señor me perdone, y me lo aplique para descargo de mis culpas por lo que me hace padecer.

—Amen.

—Pero me veo en precisa necesidad de dar á su reverencia parte de esto, que puede ser motivo de escándalo para su respetable comunidad y para el mundo, que en esto no distingue, como dicen los libros santos, la mies de la zizafia.

—Hable, hermanito, que me tiene perpleja con ese preámbulo, y pido á Dios me dé fortaleza para escucharle, si tan grave y doloroso es para su sierva lo que tiene que comunicarme. Deus in adjutorium meum intende.

—Domine ad adjuvandum me festina.

—Pues diga por Dios, hermano.

—Voy con ello, madrecita, aunque casi no sé por dónde comenzar. Su reverencia tiene en esta sagrada comunidad una hermana que es hija del señor conde de Torre-Leal.

—Y muy virtuosa, y muy santa, y muy ejemplar religiosa.

—Tanto peor.

—¿Cómo tanto peor, hermano?

—Tanto peor digo á su reverencia, madrecita, por lo que su reverencia oirá despues: como sabrá su reverencia, el señor conde casó en segundas nupcias con mi hermana Doña Guadalupe.

—Sí, una de nuestras santas bienhechoras, á quien Dios dé salud y bienes por muchos años.

—Por eso me interesa á mí tambien el negocio que hay de la familia.

—Verdad es.

—Pues tiene el señor conde un hijo heredero de su título y riquezas, por desgracia suya y de mi familia, y sobre todo, de esta santa comunidad.

—¿Cómo así?

—Así mismo; porque ha de saber su reverencia que este jóven, como dejado de la mano de su Divina Majestad, escandaliza toda la tierra con su vida relajada y costumbres públicamente depravadas; y en lugar de ser honra de su linaje y apoyo de la vejez de mi señor el conde, no

se ocupa sino de mancebías y fiestas profanas, sin dar nada de su tiempo á Dios y al buen nombre de su casa; todo esto con perjuicio de su familia y con desdoro y mengua de esta comunidad, en donde todo el mundo sabe que tiene una hermana de su misma sangre y estirpe.

—¡Ave María Santísima, y qué cosas!

—El mal es mas grave de lo que parece; pero no se mienta al hermano sin hablar de la hermana, y de ella nada se dice que no recuerde á las santas religiosas de esta comunidad; y como los desmanes y escándalos del mancebo son cuotidianos y grandes, no pasa un dia de Dios en que esta santa casa no ande en lenguas, tanto mas ligeras y fáciles de mover, como son poco cautos los que las ejercitan en difamar bien sentadas honras y bien arraigadas virtudes.

—¡Jesus nos acompañe! ¡qué cosas, qué cosas! ¿Y qué remedio tendria este mal?

—Preciso y urgente será buscarle, y calculo que despues de consultarlo con quien deba y mas sepa, bueno seria fijarse en acudir á S. E. el virey, que representa aquí la majestad y poder de nuestro católico monarca (Q. M. A. G.), para que él como patrono y defensor de la Iglesia y de su honra, se digne tomar providencia que no está en nuestras manos el dictar.

—Oportuno me parece el consejo, y mucho, hermanito, lo agradezco; cuidaré de consultarlo á nuestros padres capellanes para que ellos lo hagan, si así lo juzgan conveniente, con el señor arzobispo.

—Eso es lo que debe hacer su reverencia; que luego ayudará yo en lo que me sea posible para salvar la honra de su convento.

—Gracias, hermanito.

—A Dios son debidas.

Separáronse los dos interlocutores, él enteramente satisfecho del giro que tomaba el asunto, y ella escandalizada de lo que habia sabido, y temerosa de que aquello siguiera adelante con mengua del respeto y obediencia que debia inspirar su comunidad.

—Ahora—pensó Don Justo—ya que por aquí la semilla parece haber caido en buen terreno, por la candidez de la madre abadesa, necesario será que veamos á ese Don Diego, que siendo tan enemigo de Don Enrique, fuerza es que me sirva de auxiliar poderoso, si no para arrostrar de frente esa enemistad y causar la caída perpetua de Don Enrique, sí al menos para proporcionarme los medios de que los escándalos del señorito se repitan con mayor frecuencia y con mayor solemnidad..... Esto es hecho.

Las ceremonias habian ya concluido, el Pendon estaba depositado en las casas del ayuntamiento, y como eran ya las dos de la tarde, todo el mundo se habia retirado á su casa, porque entonces aquella era la hora precisa de comer.

Don Justo creyó prudente hacer lo mismo, porque además de que era hombre, y sujeto por desgracia como todos á tal necesidad, á la hora de la comida en aquellos tiempos felices, no podia emprenderse nada.

A las dos de la tarde, todas las puertas de las casas se cerraban con llave, y durante el tiempo de la comida y aun el de la siesta que dormian casi todas las personas que gozaban de alguna proporción, los zaguanes de las casas no se abrían á nadie ni para nada; por consecuencia, se hubiera tenido por una imperdonable falta de urbanidad llamar en una casa á esas horas, aun siendo persona de confianza, y no siéndolo, además de ser inoportuno, se corria el peligro

de que el portero, apoyado en su consigna y en su costumbre, hubiera dejado al imprudente en la calle.

Nada de esto ignoraba nuestro hombre, y así es que siguiendo la general costumbre, se puso á comer á puerta cerrada, y despues se entró tranquilamente á dormir la siesta, guardando para la tarde la visita que pensaba hacer á Don Diego el Indiano.

VII.

El gran escándalo.

Doña Ana de Castrejon habia seguido al pié de la letra los consejos que recibió de su madre, y procuraba por cuantos medios estaban á su alcance, desesperar á Don Enrique y exaltar su pasion mas y mas.

De eso provenia la esquila que le habia enviado la víspera del dia de San Hipólito, y todo se hacia de acuerdo con Doña Fernanda, que dirigia todas aquellas operaciones.

Doña Ana no se privó del placer de divertirse con las cabalgatas el dia de la fiesta del Pendon, no mas que cuidó bien de que su novio no supiera adónde iba á ver desfilan la comitiva, y procuró ocultarse cuando él pasó.

Pero todo en el mundo está admirablemente compensado, porque en aquellos momentos el enamorado caballero pensaba mas que en Doña Ana en la dama que le habia enviado el billete misterioso, y despues de que la conoció, ó que creyó conocerla, mas que en la cita que tenia pendiente